

LAS PIEDRAS AMIGAS

JUAN CASTELL

I

Sobur regresaba cansado y herido. El lagarto bípedo se había resistido y le había arañado el hombro izquierdo, que sangraba en abundancia. Además, había huido sobre sus dos patas con aquella agilidad que lo hacía inalcanzable. Regresaba, pues, dolorido y sin alimentos para su mujer y sus tres hijos.

Su larga cabellera azotaba su espalda con sus grasientos cabellos. En su barba cuajarones oscuros habían dejado de chorrear sobre el pecho. Apartó de un manotazo un mechón que le impedía ver con claridad el camino. A medida que se acercaba a su cueva, las piernas le flojeaban más y más, pero no se detenía. Una idea fija lo guiaba: llegar, untarse el hombro con la pócima que preparaba y volver a salir antes de que anoheciera por tratar de cazar algún conejo para que los suyos se acostaran con el vientre lleno. No quería oír los gruñidos de los pequeños hambrientos ni sentir el fuego de la mirada de Sorka quemándole el cuello cada vez que estuviera a su espalda. La necesidad de alimentos y el dolor del hombro lo apremiaban y le hacían acelerar el paso.

Sorka no habló al ver la sangre reseca en la barba, en el pecho y, sobre todo, en el hombro. Sin una palabra ni un reproche, agitó en la concha el bálsamo amarillo y espeso. Lo había heredado de su madre y ésta de su madre. Lo preparaba con tanta frecuencia que no tardaba más que unos instantes en tenerlo dispuesto en la alargada y estrecha concha, que también había recibido de su madre.

Sobur estaba tendido boca abajo. En cuanto había llegado a la gruta y se había echado sobre la piel de oso, había notado un mareo y un dolor ignorados durante el lento ascenso hasta su morada. Dolía, dolía el tremendo arañazo. Dolía mucho, pero su hijo mayor lo contemplaba orgulloso ante el silencio de su padre. Los hombres ni lloran ni se quejan como mujeres. Era la frase sacramental que oía todo niño al salir con su padre a su primera cacería. Cacería muy suave: si el niño conseguía un lagarto pequeño, era recibido en el clan de los cazadores y ya sólo

había que esperar con paciencia el momento de enfrentarse al mamut, al lagarto bípedo o al temible dinosaurio. Sober apretaba la boca para no desilusionar al niño. Los hombres no lloraban... nunca.

Sorka se le acercó y para que no se moviera y dificultara la cura, le apoyó su mano izquierda en el omoplato. Era un gesto inusual. Jamás lo había realizado, pero le ayudaba en su labor de curandera. Lo apoyó con mucho cuidado por no molestar al marido. Éste lo apartó casi en el acto. Era, pensó, algo innecesario y molesto. Era como una caricia protectora. Y él era un cazador curtido que no precisaba de caricias y delicadezas. Sorka retiró la mano y se aplicó a la cura.

Ya en el bosque, calmado el dolor y sintiendo sólo el frescor del cocimiento, creyó sentir la mano de su mujer en la espalda. Y no le molestó. Y pensó que había sido brusco apartándosela. Y que no le importaría volver a experimentar aquel desconocido, pero agradable contacto. Y que...

Aquella noche, los niños gruñeron sin apenas probar bocado. Aquella noche los conejos bailotearon por el monte libres y sin peligros. Aquella noche Sorka no refunfuñó... ni le lanzó miradas reprobadoras por la espalda...

Aquella noche...

II

Sobur está callado, pero no como siempre. Él es hombre taciturno. Su mente está en activo constantemente: rutas de caza, objetos necesarios para su vida ordinaria, vigilancia cuando se temen ataques de otros poblados... Nunca descansa su cabeza y por esto no es muy hablador. Sorka lo sabe y lo respeta. Tampoco ella, con sus tareas domésticas, es muy locuaz. Con frecuencia se entienden con un simple gesto o una rápida mirada.

Pero esta noche no es igual. Esta noche tiene los ojos clavados en algún punto y no alarga la mano en busca del pedazo de carne que, apetitosa, se va enfriando ante él. Hoy la caza ha sido buena, la comida abundante, el fuego ha brotado casi sin esfuerzo. Pero... Gur ha muerto. Sobur ha visto morir a muchos cazadores destrozados por alguna bestia. Es lo normal, ha pensado siempre. La caza es una lucha entre un hombre y su presa. Y, como en las luchas entre tribus mueren de uno y otro bando, en una partida de caza unas veces, las más, muere el animal, pero otras veces, es el hombre el que cae. Él ha visto a bastantes heridos y algunos muertos. Pero Gur era su amigo. Sus padres los llevaron juntos a la captura del primer lagarto y celebraron su captura con una cena descomunal en la que los declararon cazadores probados. Juntos corretearon por el llano en busca de animales pequeños y plantas comestibles. El mismo día se desposaron. Y por poco les nace el primer hijo el mismo día.

Y ahora, despreciando el bocado otras noches deseable, lo recuerda tirado en el suelo, ensangrentado todo su cuerpo. Destrozado el lado izquierdo de

la cara que lo hacía monstruosamente irreconocible. Y no ha sido la ruda pero aceptable impresión la que ha sentido esta vez. Ha visto derrumbarse parte de su pasado y desaparecer parte de su futuro. Ha experimentado un sentimiento nuevo y desconocido. Ha tocado, sin saberlo, la soledad.

Sorka lo sabe y lo acompaña en silencio. Le ha ofrecido la presa más apetitosa, la que él siempre ha preferido.

Incluso los niños, sin comprender el mutismo hosco de su padre, no alborotan como suelen.

Sobur da vueltas y más vueltas tumbado en su piel de oso. El entresueño lo angustia con las facciones desfiguradas de su amigo y la sangre que se ha ido espesando y formando pegotes.

Sorka sufre por el martirio de su hombre. Inconsciente, como si fura un movimiento habitual, le acaricia con suavidad la espalda. Ella no se percata de que es el mismo gesto del día que le curó las heridas. Un gesto que no ha repetido y que surge espontáneo.

Un breve suspiro y una quietud del marido, le dice a la mujer que, por fin, se ha dormido con placidez...

III

Sobur ha matado a dos hombres.

Estaban preparados los del poblado para salir a cazar. Un muchacho había avistado un mamut monstruoso. “El más grande que he visto en mi vida”. Los preparativos han sido frenéticos. Hace unos días –demasiados días– en que no consiguen piezas que surtan las cuevas. No ha llegado el hambre, pero se intuye. Y los días de ayuno son terribles. Arrastrar estómagos vacíos entre las piedras es un tormento. Las noches son eternas. La luz del día se hace avara y tarda en alumbrar los interiores. Las greñas que cubren cabeza y caras son greñas insalvables. Los ojos están muertos. Ni despiertan afanes ni muestran ilusiones. En consecuencia, el anuncio de un mamut “monstruoso” ha sido un estímulo para apartar greñas, reavivar ojos y encender deseos. Deseos de comer y deseos de vivir y deseos de amar.

Sobur ha afilado con una piedra especial la punta del largo palo que utiliza para lanzar contra los animales. Ha probado la punta y ha movido la cabeza satisfecho. Su dardo es el más admirado y codiciado de la tribu. Es el que más presas ha logrado. Sobur lo coge con decisión, le da un coscorrón cariñoso al niño mayor, sonrío con todos sus dientes al aire a Sorka y sale a la explanada en que los hombres comentan a gritos la suerte de que un mamut “monstruoso” se vaya a poner a tiro.

De pronto, un perro ha lanzado unos ladridos raros. Unos ladridos angustiados, alarmantes. Ha ladrado y ha salido en una enloquecida carrera hacia el llano. Los hombres se han mirado dubitativos. Aquel perro era el más viejo, el decano

de los perros de la tribu. Sus ladridos no podían ser casuales. Algo se avecinaba. Y ese algo no podía ser bueno.

En pocos minutos se ha armado la batalla. Los Klaks, indeseables vecinos por su crueldad y su avaricia, han irrumpido con violencia. Gruesas estacas y afilados silex blandidos con fiereza se han dirigido hacia los habitantes de las cuevas altas.

Sobur ha sido tocado por un relámpago: ha recordado que los Klaks estaban pasando una etapa de miseria. Que les faltaban alimentos, que se les morían las mujeres de hambre y que se les habían secado los campos. Se decía que era un castigo del dios de la Tierra. Y Sobur comprendió que aquel ataque era el ataque desesperado de un pueblo dispuesto a sobrevivir.

La lucha ha sido larga y dura. Han caído numerosos miembros de ambos poblados. La sangre ha impregnado de un olor dulzón y espeso las rocas. Los Klaks se han retirado vencidos. La desolación más absoluta los espera en sus vacías grutas.

Sobur ha luchado y aunque un hacha de piedra afilada le ha rasgado un brazo, ha salido vivo y victorioso.

Pero ha matado a dos hombres... Al primero, de un certero golpe en la cabeza. Su frente se ha abierto en dos desiguales mitades y antes de que el corro de sangre hubiera llegado al suelo, el Klak había girado sus ojos en un giro mortal.

El segundo ha sido peor. El dardo, clavado en el estómago, ha prolongado la agonía del enemigo. Los ojos no giraban, sino que permanecían fijos en él. Eran unos ojos altivos, no implorantes. "Me has podido, pero no me has humillado. ¡No me verás gemir!... Un Klak jamás..." y ha muerto sin torcer la boca ni gemir.

Sobur descansa. ¿Descansa? Yace en su piel de oso manchada de sangre. Los ojos del Klak ya no están fijos. Se han cerrado...

Sorka apoya silenciosa la mano en la falda del herido. Sabe que le gusta y le calma. Aprieta un poco.

Un brusco movimiento aparta la mano y rechaza la caricia.